

Chavs, chonis, y el nuevo socialismo (si lo hubiera)

*Luis S. Villacañas de Castro**

A propósito de O. JONES, *Chavs. The Demonization of the Working Class*, Verso, Londres, 2011.

1

El reciente libro *Chavs. The Demonization of the Working Class* del joven Owen Jones (tenía 27 años cuando lo escribió), publicado por la editorial Verso en 2011 y, en España, por Capitán Swing Libros, y reeditado al año siguiente con un nuevo prefacio, despertó en mí un estado de enfado, euforia y sobreexcitación que me duró días y que, por su prolongada intensidad, casi podría ser diagnosticado como un episodio de *manía*. Al unísono, me sentía enfadado por lo que el autor describía; eufórico, precisamente porque lo hacía; sobre-estimado, por la necesidad, casi angustiada, de hacerle justicia. Fundamentalmente, su lectura me permitió articular de forma clara toda una serie de impresiones e intuiciones previas sobre la izquierda española, para las cuales no había logrado la expresión adecuada.

Antes de describir lo fundamental de mi reflexión, incidiré en que no soy el único que lo considera un libro importante. Su portada lo presenta como el '*libro político del año*'; el pasado enero, Joaquín Estefanía se hizo eco de él en *El País* y el New York Times lo situó en la lista de los diez mejores libros de no ficción de 2011. La obra analiza las causas y las peripecias de un solo término —uno muy pequeño en verdad, apenas una migaja de palabra: *chav*. De éste podría decirse que, con su componente monosilábico, se esfuerza por recordarnos la diminuta realidad que originariamente denotó; como sucede con el vocablo castellano *chaval*, proviene de *chavi*, que en el idioma romaní significa niño pequeño. Habiendo abandonado este sentido, sin embargo, la palabra *chav* se hace pasar hoy por un concepto sociológico, aunque el lector pronto descubre que en realidad se trata de una construcción ideológica. Esto quiere decir que informa menos de la sociedad inglesa que de sus políticos;

* Universitat de València, Dpto. Didàctica de la llengua i la literatura, 01.05, Avda. Taronjers, 4, 46022, València, Luis.Villacanas@uv.es

menos de su presente que del futuro que alguien quisiera imponer. No sólo es un término falso, sino que sirve intereses velados y, como tal, su mero funcionamiento en el discurso político y en el de los medios de comunicación ha de ser tomado como el síntoma de un cambio radical en la política inglesa y, por extensión, en la civilización europea y occidental. Son palabras grandilocuentes las que estoy empleando, lo sé; pero, como no tardaremos en comprobar, la palabra ha crecido y evolucionado mucho desde su dimensión original. A partir de su pequeña semilla, son muchos los factores que hoy enraízan en torno al pequeño *chav*.

2

¿Quiénes son los *chavs*?

Lo hemos dicho: no son nadie.

Formulemos entonces la pregunta de otra manera: ¿Qué acoge su significado? Para esto sí contamos con una respuesta. Sencillamente, recoge cualquier defecto que unos medios de comunicación que han mimetizado el gusto de las minorías privilegiadas de Inglaterra identifican, sin el menor asomo de miramiento, en cualquier miembro empobrecido de las clases trabajadoras. Con incontrolado desprecio, el discurso oficial toma un incidente más o menos aislado y lo convierte en la materia prima sobre la que ejecutar las siguientes operaciones ideológicas: primero, exagera el incidente hasta hacer de él una caricatura; segundo, lo convierte en un rasgo esencial de toda la clase trabajadora; tercero, lejos de interpretarlo como un testimonio (o un síntoma, como diríamos nosotros) del fracaso de la sociedad británica por atender las necesidades materiales y culturales básicas de sus miembros, responsabiliza a las víctimas de ello, como si fuese un asunto de su propia elección, como si ese rasgo negativo fuera sencillamente la expresión de una individualidad corrompida; en cuarto lugar, retira a ese individuo declarado indigno —y, por extensión, a la clase trabajadora a la que pertenece, pues ese rasgo se convierte en universal— cualquier asistencia o ayuda por parte del Estado, en la medida en que no se le considera merecedor de ella; quinto, y como resultado, se justifica una reducción drástica del estado del bienestar en relación a quienes más lo necesitan. Es así como, a través de apenas cinco pasos, un esnobismo más o menos inofensivo acaba convirtiéndose en pura *lucha de clases* declarada por las instituciones del estado. En el fondo de esta operación ideológica e institucional late la siguiente lógica: «Si te convences a ti mismo de que los desafortunados apestan, de que son cortos, racistas y maleducados por naturaleza, entonces tiene todo el sentido del mundo que permanezcan en lo más bajo de la escala social. La *caza del chav* justifica así el mantenimiento de la jerarquía, al estar basada

en la ficción de que ésta aporta actualmente un reflejo justo de la valía de las personas» (p. 137).

Introduzcamos algunos ejemplos. El libro está lleno de ellos; su primer capítulo ya contiene testimonios verídicos que ayudan al lector a comprender esta demonización. Empecemos por un comentario anónimo de la web del *Daily Mail*: «Mira a tu alrededor cuando estés en el supermercado, en el autobús y ahora incluso cuando vayas por la calle; te encontrarás rodeado de un número creciente de peones tatuados, chillones y malhablados, arrastrando a su prole malcriada; son incapaces de reconocer o siquiera comprender el significado de un mínimo respeto, y en su cabeza no cabe que ellos puedan estar, jamás, equivocados. Son personas que sienten compasión por los psicópatas, que no tiene valores, que carecen de moralidad y son demasiado cortos para poder darse cuenta de todo ello. Están más allá de la redención. Lo mejor que podrás hacer es evitarlos» (p. 6). Escuchemos también la tipología *chav* que hace Richard Hilton, empresario y propietario de una cadena de gimnasios: «Suelen vivir en Inglaterra, pero probablemente la pronunciarán ‘Englaterra’. Tienen dificultad para expresarse y demuestran muy poca habilidad para la escritura y la ortografía. Se vuelven locos por sus pitbulls y sus navajas, y te rajarán alegremente si les rozas cuando pases a su lado, o si sencillamente les miras de un modo que no les gusta. Habitualmente procrean antes de los quince y se pasan la mayoría del tiempo martilleando una consola o cualquier otra herramienta que haya caído en sus sudorosas y púberes manos.» (p. 4). Como cabía esperar, son millones los chistes sádicos que se escuchan sobre ellos. El mito de «la promiscuidad sexual de las mujeres *chav*, una de las principales obsesiones de todo aquél que muestra un odio hacia los *chavs*, queda contenido en el siguiente ‘chiste’ del diario *Mail*: ‘¿Cuál es la diferencia entre una *chavette* y el Gran Duque de York? Que el Gran Duque de York sólo tenía 10,000 hombres». Y por supuesto, los *chavs* también son ridiculizados por sus bajos salarios: «¿Qué le dices a un *chav* cuando está en el trabajo? Un Big Mac con patatas, por favor.’ Otro artículo del mismo periodista», concluye Owen Jones, «sugirió que la Gran Bretaña estaba siendo invadida por los *chavs*. ‘Algunos los llaman escoria. Los sociólogos los llaman la clase marginal. Da igual cómo los llames, se están haciendo con el país’» (p. 114).

3

Hasta aquí algunos ejemplos sintomáticos. Prosigamos ahora con las causas subyacentes.

El libro apunta un culpable principal: el clasismo recalcitrante de los Tories británicos y, especialmente, la radicalización neoliberal que éste sufrió durante el periodo de 1979 a 1990, con el mandato de Margaret Thatcher. No

voy a discutir este diagnóstico, con el que coincido plenamente. Sin embargo, no fue este punto el que me sorprendió, a pesar de que el libro presente acerca de él sobrada y clara evidencia; tampoco fue por esto que el libro me instaló en un estado de rabia y furor a partes iguales, sino la comprensión —iluminadora de nuestro presente— del papel que el laborismo británico había jugado también en esta criminalización. La caza del *chav*, afirma Jones, «es una parte esencial de la ofensiva contra cualquier elemento asociado a la clase obrera, ofensiva que se inició con el Thatcherismo y se estabilizó con el nuevo laborismo» (p. 136). Esta idea cae como un relámpago en el tercer capítulo del libro, cuando el autor define la diferencia entre el *viejo* y el *nuevo laborismo* —aquél que, como sabemos, acabó cristalizando en torno a la figura de Tony Blair— en términos de un partido que pasó a orientar su discurso hacia la llamada clase trabajadora *con aspiraciones* (*aspirational working class*) (p. 88). A partir de ahí, el nuevo laborismo se caracterizó por dirigir su mensaje político sólo a los miembros de esta clase social que querían dejar de serlo, para alcanzar la *clase media*. El viejo, en cambio (además de ser más autoritario, dice Jones; también menos receptivo a las reivindicaciones de las minorías inmigrantes y de la mujer) buscaba y encontraba su militancia y su adhesión en los segmentos poblacionales que ni concebían ni deseaban abandonar la clase trabajadora.

Analicemos este segundo posicionamiento, pues a mi modo de ver delataba tanto una toma de posición subjetiva como un conocimiento adecuado de la objetividad social. Del lado de lo primero, el orgullo de pertenecer a la clase trabajadora venía motivado por aquel tiempo —en Inglaterra, después de la Segunda Guerra Mundial y hasta los años ochenta; en España, en cambio, posiblemente comenzó a partir de esta segunda fecha— en que pertenecer a la clase trabajadora era compatible y casi sinónimo de una mejora progresiva en las condiciones materiales y culturales de existencia. Fueron esos tiempos en los que las instituciones sindicales y políticas a las que trabajadores de muy distinta condición otorgaban su representación eran capaces de ejercer la presión económica y política capaz de alumbrar medidas que redundasen en beneficio de sus representados. En Inglaterra, todo esto cambió tras la derrota ante Thatcher de los sindicatos mineros (los más poderosos del país) en 1979. Por el lado de la objetividad —y aunque este libro no lo diga—, quisiera añadir que los valores positivos asociados a la clase trabajadora, y el consecuente deseo de continuar perteneciendo a ella, se construían sobre una tesis provista por la sociología marxiana. Consistía en que la diferencia entre la clase media y la trabajadora —como la que existe hoy entre la clase media y los *chavs* repetidamente retratados en los programas de sucesos: los *chonis*, sería el equivalente más adecuado al contexto español— en realidad no es tal, dado que la primera forma parte de la segunda. La definición y la pertenencia a una

clase social no la definen los deseos, ni las auto-representaciones, ni el poder adquisitivo, ni la calificación laboral; ni siquiera la calidad de vida que disfrute o sufra una persona. Estas últimas variables sólo concretan una clase social cuando se añaden a la variable fundamental, que es la relación de propiedad que los individuos mantienen respecto a los medios sociales de producción, esto es, respecto a aquello que produce riqueza. Incluso Neil Kinnock, figura del nuevo laborismo que colaboró en implementar su giro a la derecha, compartía esta definición de clase social, ajena a todo individualismo subjetivista. Al ser preguntado por el autor del libro sobre cómo definir la clase trabajadora, respondió: «‘Yo haría uso de la definición más amplia —siempre lo he hecho: aquellas personas que carecen de otros medios de subsistencia diferentes a vender su fuerza trabajo, éstas componen la clase trabajadora’» (p. 144).

Prosigamos con el análisis del posicionamiento tradicional de la clase trabajadora, pues de las palabras de Kinnock se deriva que, de forma habitual, quien se sabe miembro de esta clase sabe también que pertenecerá a ella mientras no sea él mismo propietario de los medios de producción de los que hace uso en su trabajo; sabrá que ésta es la constante transversal que unifica muchos y muy diferentes estratos y niveles de vida. Y sabrá, por añadidura, que la diferencia entre las clases propietarias y las clases trabajadoras es cualitativa y económica, mientras que la diferencia entre la clase trabajadora, la clase media y los *chavs* sólo es cuantitativa, aunque sea plenamente efectiva al nivel cultural, identitario e ideológico —algo de lo que no puede haber duda.

De esta efectividad ideológica, el nuevo laborismo quizá ofrezca el ejemplo más interesante, como lo es el retrato sociológico e ideológico que Owen Jones realiza sobre sus figuras políticas. Gracias a él, comprendemos que su *ethos* —cómo se ven a sí mismos, cuáles son sus principios, su escala de valores, su ratio de conducta— se basa en una síntesis compleja y, a mi parecer, contradictoria. La mayoría de ellos son personas que reconocerán (y no sin orgullo) haber guardado una relación de pertenencia con la clase trabajadora; sin embargo, a la vez estarán convenidos (y más orgullosos todavía que de lo anterior) de no seguir formando parte de ella. Esta historia sociológica determina su propia labor como políticos, pues se concebirán a sí mismos como los representantes de aquellos trabajadores que, o bien han corrido ese mismo destino —profesionales de la sanidad, de la educación, de otras ramas de la administración del Estado que, quizá, compartieron un origen humilde que ha quedado en el pasado—; o bien como un modelo para quienes todavía no han logrado esa *movilidad social* pero aún la persiguen y desean. Representantes de la clase media o modelo de quien sueña con alcanzarla; esas son las únicas maneras en las que se representan. Finalmente, esta idea acaba afectando la identidad personal del nuevo laborista, quien estará convencido de que alcanzar la clase media es la verdadera prueba irrefutable de virtudes individuales, de valores

como la inteligencia, el esfuerzo, la disciplina y la perseverancia; de los que por supuesto carecerá todo aquél que sea insensible a esa *hazaña*, por no haberla realizado él mismo, o por no querer realizarla. A lo primero, lo llamará falta de talento; a lo segundo, pobreza de aspiraciones (*poverty of aspirations*) (p. 91). Certezas como éstas dan al nuevo laborismo su complicidad interna y externa; por un lado, cohesionan afectivamente a los miembros del partido; por otro, construyen la imagen que presentan al electorado como oferta.

Tal es el humus en el que crecen las nuevas generaciones del partido laborista —y también las de los partidos de la izquierda española, como lo testificará cualquiera que haya estado o esté en su proximidad, como es mi caso.

4

Este artículo nace del convencimiento de que el diagnóstico sociológico realizado por Owen Jones sobre la sociedad inglesa no es ajeno a la española: no lo es en relación a la demonización sufrida por las clases trabajadoras y la correspondiente desarticulación del Estado del bienestar; no lo es en la acusación frontal dirigida a la derecha neo-liberal, representada en Inglaterra por Thatcher y en España por Aznar y muchos de los miembros del actual gobierno; no lo es en su análisis del principal partido de la izquierda. Como en el laborismo británico, el Partido Socialista Obrero Español también ha quedado marcado a fuego con cierto *triumfalismo de clase media* (p. 96). En él abundan políticos que sintetizan un origen humilde (más o menos legendario, según la audiencia a la que se dirijan) con un presente que obviamente no es humilde y del que, sin embargo, se hacen a sí mismos responsables igualmente legendarios. A través del sufrimiento de sus antepasados, conectan afectivamente con la clase obrera; a través de sus méritos individuales, consiguieron escapar de ella y penetrar la clase media. Éste es el relato. He nombrado al PSOE, y así lo haré mayoritariamente; pero puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que el mismo diagnóstico es asignable —y en muchos casos, con un elitismo aún más acusado— a otros partidos de izquierda, viejos y nuevos (aunque sobre todo en los nuevos), más reducidos en su militancia y en su electorado.

Owen Jones acierta al destacar que esta vinculación identitaria con la clase media, y con las virtudes individuales que su pertenencia delata, supone una contaminación ideológica desde el pensamiento conservador; la adopción (del todo foránea a la izquierda) de una cosmovisión neo-liberal para la cual los fenómenos sociales son el resultado de conductas individuales, y no a la inversa. Para Jones, sería ya demasiado tarde: «A los ojos del Nuevo laborismo», escribe, «pertenecer a una clase trabajadora con aspiraciones significan abrazar el individualismo y el egoísmo. Significa luchar por formar parte de la que [Gordon] Brown definía como ‘la mayor clase media que hemos tenido

nunca'» (p. 90). Esta mirada triunfal y complaciente sobre uno mismo y sobre todo aquél que comparta su destino delata, en primer lugar, una ignorancia inaceptable de las verdaderas causas que en cualquier época hicieron y hacen posible esta ascensión social. Ni la inteligencia, ni el esfuerzo, ni la ambición, ni otras tantas virtudes similares operaron jamás como causas. Como tampoco han sido los defectos individuales los que han ocasionado la crisis económica actual, por cierto. En realidad, de lo primero fue responsable el despliegue del Estado del bienestar; de lo segundo, su insuficiente desarrollo. Me explico: la razón estructural de que los miembros de las clases trabajadoras de España o Inglaterra lograsen mejorar sus condiciones materiales y culturales de existencia (lo que se llama *pertenecer a la clase media*) fue que el modelo social-demócrata empezara a funcionar: una educación, una sanidad y una asistencia básica gratuitas, y un derecho al trabajo satisfecho por la economía nacional. Por consiguiente, que el Estado llegue a actuar algún día como verdadero garante de una distribución justa de la riqueza que el mercado, por sí mismo, no puede garantizar; y que lo haga de forma estable y sostenible —ésa debería ser la principal (casi la única) realidad a la que los miembros de los partidos laborista y socialista deberían aspirar; la única, cuando se consiga, de la que habrían de sentirse orgullosos. Todo lo demás es esnobismo, cuando no directamente *thatcherismo*.

Escuchemos a Geoffrey Howe, quien fuera canciller del tesoro público con Margaret Thatcher: «El verdadero triunfo del Thatcherismo no fue el haber transformado un partido, sino dos» (p. 71). No parece equivocado; a fin de cuentas, ¿qué distingue a quien presume de que su disciplina, inteligencia, esfuerzo, etc., le permitieron convertirse en un gran empresario, de quien se vanagloria de que gracias a esos mismos talentos accedió a la clase media? ¿Qué distingue ambas actitudes y visiones del mundo, excepto que conectan unos mismos principios a un nivel adquisitivo diferente, aquél en el que cada uno de los hablantes localiza su presente, y del que narcisísticamente se siente orgulloso? En términos ideológicos, no existe diferencia alguna; ambos despliegan el 'concepto' neo-liberal. El Tory defiende que la exclusividad de esos valores individuales recae sobre la clase propietaria; el nuevo laborista discrepa, pero sólo para añadir que éstos también son accesibles a la clase obrera, la cual debe unir su destino a ellos para lograr el cambio social. Pero ninguna de las dos partes discute su eficacia ni se afirma su carácter puramente imaginario o, en todo caso, secundario en relación a las tendencias sociales que es capaz de imponer la intervención del Estado. Al final, los mismos principios liberales son entronizados por ambas partes, y ni a izquierda ni a derecha se oye hablar de la causa social ni del modo injusto en que la variable específicamente socio-económica —la propiedad de los medios de producción— afecta la distribución de la riqueza, ni de cómo esto tiene consecuencias nefastas

para la gran mayoría de los ciudadanos. Es ésta, no la debilidad de carácter ni de aspiraciones, lo que arrastra a la pobreza y a los trastornos que ésta conlleva. El siglo XX ha demostrado que la intervención del Estado es la mejor estrategia para compensarlos.

Igual de graves son las consecuencias políticas que cabe esperar, hoy más que nunca, de esta intrusión del ideario conservador en un partido de izquierda. El partido laborista y el PSOE harían bien en reflexionar sobre ellas. A fin de cuentas, que las simpatías, las complicidades y la representatividad interna y externa de un partido graviten en torno una explicación falsa, por individualista, de las mejoras en las condiciones de vida, no es algo que traiga demasiadas consecuencias negativas en las épocas en las que al menos parte de los miembros de la clase trabajadora están experimentando, de hecho, esa transición; o bien, cuando el clima económico justifica todavía la esperanza de llevarla a cabo. La década de los ochenta fue uno de tales periodos en España, como también lo fueron los años anteriores a la crisis económica actual —aunque por diferentes razones, por medio de procesos diferentes y con diversas consecuencias. «Durante el periodo del boom», apunta el autor respecto a Inglaterra, «aún era posible pretender al menos que las clases sociales eran una cosa del pasado —que ‘ahora todos somos clase media’, como los políticos y los comentaristas de los medios de comunicación lo describían» (p. vii). Pero seguir enarbolando la bandera de las virtudes individuales frente a los trabajadores, como la mejor receta de mejora y de cambio, cuando la generación mejor preparada de España sufre un 55% de paro, no parece ser un programa ni un eslogan demasiado ajustado a la realidad de los votantes. Repetir, en tiempos de crisis, los dogmas liberales con los cuales la clase media se representaba falsamente a sí misma en tiempos de bonanza, no va a lograr la adhesión ni la confianza de quien ya no se cree su propia mentira. Ciertamente es que, en épocas de expansión, a la gente le importa poco la explicación que uno dé acerca de ella, sobre todo cuando ésta es la más complaciente que uno puede imaginar (aunque también la más banal y sencilla): ni más ni menos, el hacer a uno mismo, a sus virtudes, responsable de su propia fortuna. Pero en tiempos de crisis uno no puede seguir apelando a explicaciones que siempre han sido falsas pero cuya falsedad ya está a la vista de todos.

5

La lectura de *Chavs. The Demonization of the Working Class* nos lleva a concluir que los partidos de la izquierda española, y el PSOE en mayor medida que el resto, se encuentran ante una importante disyuntiva. ¿Van a seguir considerándose partidos de la clase media cuando ésta apenas existe y cada día son menos los trabajadores que tienen derecho a imaginarse de esta ma-

nera? ¿Van a ofrecer los principios del mérito, de la disciplina y del esfuerzo a una clase trabajadora que experimenta en sus carnes que éstos no ofrecen garantía alguna frente a la pobreza? Aún peor: ¿van a insistir en ellos, aun a riesgo de insultar y faltar al respeto a la gran mayoría de la población, a todos aquellos trabajadores que son tan industriosos, inteligentes y disciplinados como cualquiera y que, sin embargo, dada la crisis económica y el creciente abandono del Estado, no logran encontrar un trabajo que les permita esquivar la pobreza? ¿Qué van a hacer con esas capas crecientes de la población que no han conseguido, y no van a conseguir a corto plazo, abrazar ‘la clase media’? ¿Van a condenarlas, van a odiarlas, van burlarse de ellas? ¿Van a hacerlas culpables de no coincidir con la imagen que los políticos tienen acerca de sí mismos y del votante ideal al que les gustaría representar? O lo que es lo mismo, ¿van a avanzar el camino de esnobismo y la vergüenza que ya recorrió el nuevo laborismo británico, al culpabilizar a las víctimas de sus propias dificultades, al hacerlas responsables de unos efectos —la pobreza, sobre todo; pero, desgraciadamente, a veces también de una incultura y brutalidad absolutas— cuya causa es socio-económica y su solución eminentemente política, y que, como tal, delata únicamente el clasismo y la dejación de responsabilidades de los gobernantes? Ante la desgracia, la enfermedad, el dolor y el desastre, ¿van a realizar estos partidos el esfuerzo de representar y conectar con esa realidad o, por el contrario, preferirán ocultarla, condenarla, despreciarla —a ella y a su voto—, diciéndose a sí mismos que no quieren ser el partido que represente a los parados (por no hablar de los *chonis*, de los *ni-nis*, etc.), pues esos sectores de la población no merecen nada, ni que se les tenga en cuenta?

Por muy extrema que parezca esta posición, es la que caracterizó al partido de Margaret Thatcher durante su periodo de gobierno; y es la que, tras ella, adoptó también el partido de Blair en sus palabras y sus actos, en el momento en que despreció a su antiguo electorado y colaboró a forjar los *chavs*, una caricatura *freak* de la clase trabajadora diseñada para retirarle todo apoyo estatal, abandonarla a su propio destino y culparla después de sus propios problemas —por carecer de aspiraciones, por ser un hatajo de inútiles, gorriones, disfuncionales; una masa sin dignidad, ingobernable, sin principios ni respeto hacia sí misma (p. 95).

O, por el contrario, ¿se convertirá el partido mayoritario de la izquierda española en el partido de toda la clase trabajadora? ¿Asumirá en la teoría y en la práctica que la clase media no se corresponde sino con el sector más afortunado dentro de aquélla, del mismo modo que los mal llamados *chavs*, *chonis*, *canis*, *bakalas*, son sencillamente los más desfavorecidos? (p. 99). ¿Entenderá que la clase trabajadora —a la larga y a pesar de momentáneos espejismos— comparte un mismo destino, y que éste no se labra con los valores burgueses, con el principio del mérito individual, sino sólo teniendo al Estado de su

parte, pudiendo contar con él como agente redistribuidor de la riqueza? Y, en consonancia con esto, ¿dirá sin tapujos lo que hoy en día la clase trabajadora sabe —y lo sabe hasta el punto de que no está dispuesta a votar a quien diga lo contrario—, y es que la principal variable que afecta su condición de vida son las decisiones políticas macro-estructurales (en relación a la educación, la salud, la política impositiva) y no las decisiones individuales de cada uno de ellos; que, por lo tanto, en iguales condiciones, lo que determinará que un miembro de la clase trabajadora alcance la tierra prometida de la clase media, mientras otro no lo haga, no es ni la inteligencia, ni el esfuerzo, ni la disciplina sino, muy sencillamente, la suerte, la *fortuna*?

Reconocerlo sería el punto de partida para empezar a hacer *Política* con mayúsculas y dejar la ética —toda esa palabrería acerca de la crisis de los valores— a los curas y sus sucedáneos. También implicaría asumir la parte correspondiente de responsabilidad que, con ese reconocimiento, se retiraría de forma inversamente proporcional a las verdaderas víctimas, pues significaría, al fin y al cabo, asumir que en España el Estado del bienestar no se ha desarrollado tanto como su clase trabajadora lo merece y necesita, y que el PSOE también es parcialmente responsable de ello.

Para acabar, quisiera hacer referencia a las elecciones a la Secretario General (y a partir de ahí, a la candidatura a presidente de gobierno) que pronto se realizarán en el seno de que todavía es el principal partido de la oposición. Es urgente que, como resultado de este proceso, el PSOE sea dirigido por políticos que no persigan, para sí mismos y el partido, los reflejos cada vez más escasos y escuálidos de la clase media, sino que sean capaces de conectar, conceptual y emocionalmente hablando, con el amplio horizonte de la clase trabajadora. Debe dejar de chapotear en cauces cada vez más estrechos y empujados y hallar la brazada que le permite nadar en mar abierto. Y debe mirar a los trabajadores para hacerlo, pues a ellos la crisis les ha limpiado la mirada. Tantos y tantos profesionales se relacionan día a día con los casos más tristes e injustos que cabe encontrar en la realidad social española; maestros, sanitarios y trabajadores sociales de la administración pública atienden, comprenden y ayudan a miles de personas —hacen su trabajo— sin condenarlas por la ignorancia, la pobreza y la enfermedad que traen consigo, y que ellos ayudan a transformar. Lo mismo debemos reclamar a los políticos. A nosotros, individuos que compartimos una misma clase y un mismo destino aunque tengamos diversa calificación profesional, lo que menos nos importa es el presente o el pasado de los candidatos; lo único a lo que haremos caso, y lo único que debería importarles a quien aspire a representarnos, es qué futuro quiere para las clase trabajadora.